

LOS CARNAVALES

... Los carnavales de la época en que todavía Treinta y Tres era realmente la capital de su Departamento. Cuando el que nacía en Treinta y Tres, se criaba, enno-
viaba y se casaba en Treinta y Tres. Después tenía hijos,
envejecía y moría, todo allí. Se conocía Montevideo por
tarjetas, revistas, algún cuento plagado de mentiras o por
haber ido alguna vez en viaje en ferrocarril que duraba
diez o doce horas y que se preparaba durante un año
o más. Entonces las cosas tenían color, olor y gusto lu-
gareños y no tenían esa cara chata y uniforme, hija de
la velocidad.

Estos eran pues, los carnavales de Treinta y Tres.
Inconfundibles hasta por los disfraces. Era una fiesta to-
tal. Sacudía a todo el Departamento. Raleaba la población
de campaña y de los pueblos. Movía el comercio, hacía
circular la plata, desentumecía, desamojosaba. La gente se
ponía contenta; vendía la lana, la cementera o algún
bicho gordo, compraba ropa y se reía a carcajadas, como
quien se hubiese pasado un año entero aguantando la risa.
Daba gusto.

Eran tres días que siempre duraban una semana. Y
cuando la cosa estaba demasiado linda para sólo una se-
mana, se la hacía estirar un sábado y un domingo más.
Es decir, se postergaba el entierro.

Apenas pasaba el mediodía del sábado, ya podían
salir las máscaras. Podían y salían. No se sabía de dónde,
pero ellas salían. Como si se abriera la puerta de algún

encierro donde estuvieran todas juntas. A los pocos minutos habían invadido el pueblo. Se metían en cuanta casa les venía a mano; "cheseaban" a todo el mundo, armaban el gran zafarrancho. Una máscara tenía carta blanca, entonces; una especie de inmunidad. Como si por haberse puesto una careta y unos trapos distintos a los de todos los días, un individuo —o una individua— sacara patente de consentimiento para lo que se le ocurriese. Y se les ocurrían cosas de todo calibre. Claro que, en algunas de aclibre mayor, la policía no tenía otra remedio que intervenir. Pero cosas de loco, se le ocurrían a cualquiera, aprovechando aquella franquicia. Al más "mosca muerta", a veces. Gente a la que nadie hubiese creído capaz de "salir de sus trece", en ocasiones era la peor, después que se "destapaba". O la mejor; porque para ser máscara, hay que tener pasta. Muchas condiciones, se precisa. La primera, tener gracia. Una máscara zanguanga da tristeza; la tristeza que produce el ridículo. Por eso, salir de máscara es cosa para gente joven; salvo el caso de algún viejo muy curtido. De éstos que nacieron para ser máscaras toda la vida.

La elección del disfraz era libre. Cualquiera podía disfrazarse de lo que se le antojara. Ahora, se veían antojos increíbles. A alguno se le conocía el origen. Juan Lorenzo Lima, por ejemplo, de chico había soñado años con un auto que nunca le pudieron comprar los viejos con lo que daba la chacrita. De joven, trabajó "como reyno", para podérselo comprar él; pero cuando anduvo cerca de juntar la plata para "amontonársele" a una "forchela" que tenía medio en vista, se le atraviesa la que en pocos meses vino a ser su mujer. Y atravesársele una mujer en el camino, es lo peor que puede pasarle a un hombre con plata, según decía Lima. Ya viejo, veía consumírsele la última esperanza, que había sido la de agarrar una "choferiada". Antes de que se le consumiera del todo, se le ocurrió disfrazarse de auto. Ocurrírsele y ponerse a hacer el aparato, fue todo uno. Un año, se pasó; pero le salió lo que él quería, con capota y todo. Llegó el primer sábado de carnaval y se largó a la calle. Contagiaba la alegría de su cara radiante, haciendo ron-

car aquel "motor", tirando virajes a todos lados y tocando bocina por cualquier simpleza. Todo a cuerpo.

Abundaba mucho el disfraz de animal. Cualquier animal. Estaba toda la escala zoológica a disposición del interesado, para la elección del modelo. Se veían toros, carneros, caballos, chanchos, perros, capinchos, osos, avestruces, pavos, etc. Había que ver con qué acierto elegía cada uno su animal!...

Caso para no olvidarse, era el avestruz de Núñez. No olvidarse por la perfección. Cualquiera hubiese dicho que aquel hombre se había pasado la vida estudiando avestruces. Les conocía todo; hasta las costumbres más chicas. Pero lo principal de Núñez, era que no exageraba su animal. Todo medido al milímetro. Era para preguntarse si un individuo así, no había nacido para otra cosa que para peón de ferias a lo que se dedicó siempre, salvo esa semana de carnaval y alguna otra "extra".

Un avestruz mañero, hacía. De éstos que cuando los sacan mucho de paciencia, agarran a pata y pico al primero que encuentran. Hasta en esto Núñez era un avestruz hecho y derecho. Sólo ya cuando algún grandulón de éstos que quieren pasar por graciosos delante de mujeres, se "propasaba" demasiado con el "animal", se decidía a sosegarlo. Un par de picotones y unos arañazos, solían alcanzar y sobrar.

Sobre la tardecita, aparecía el avestruz. Hacía primero una recorrida por los barrios. Era la farra de la gurisada, viéndolo gambetear calles afuera. Ya sobre la hora del corso, se iba para el centro. Llegaba medio molido. Antes de incorporarse al desfile, se sentaba un rato en el café, echado para atrás en una silla, a tomar algún refresco. Todo desalado el avestruz, de calor y cansancio.

Con el tiempo, a Núñez le fue quedando el nombre de su disfraz. Como un premio que le daba el pueblo por aquella habilidad, le fue quedando. Un premio a su vocación, que él seguramente recibió lleno de orgullo. Porque no hay duda de que Núñez supo ser "un avestruz cien por ciento".

Era corriente el disfraz de sexo opuesto al del disfrazado. Vaya a saberse por qué, pero era corriente. De nuestra casa, una vez salieron seis o siete mujeres. Un mediodía de febrero que pesaba toneladas de sol. Seis o siete. Eran ellas: el canario Perico, alta y huesuda; uno que le decían el Lagarto, desfachatada y abundante; un brasilerito guitarrero, peticita y movediza; uno tipo gallega cocinera y otras. Bastante guarangas, todas ellas. Pero a fuerza de relleno, pintura, algún taco alto las más livianas, voz lo más fina posible y algún otro detalle, podían pasar —aquí sí, allá no— por mujeres.

Recorrieron medio pueblo. Cuando ya no aguantaban más la montonera de ropas y los zapatos apretados, se arrimaron al boliche de Lolo a tomar unas naranjitas. Llegaron honrada e inocentemente; disfraz femenino, pero intención completamente masculina. La "embarró" el propio bolichero, que por ser sábado de tarde tuvo que abrirles una puertita privada.

—Hola, muchachas... ¿Gustan pasar?...

Invitó con miedo de "pecharse"; pero le relampaguearon los ojos de picardía. Sin necesidad ni de mirarse unas a otras, la actitud del invitante les cambió aquella intención que traían, de tomar y pagar como hombres. Pasaron. Todas "ay de mí", fueron desfilando.

—¿De qué van a servirse, muchachas?

Preguntó el bolichero, ya todo derretido, mirando al Lagarto, que era la que más llenaba el ojo de todas. Ella se abanicó, suspiró, se retorció, largó una carcajadita que apenas le salió femenina, cruzó la pierna discretamente y aflautando la voz lo que pudo, contestó:

—¿Tenés güisque?

El del ofrecimiento parpadeó ligerito; pero antes de que se dieran cuenta del porqué, respondió ya dando vuelta:

—Pero y cómo no!

Ellas todas bajaron las cabezas y se estuvieron acomodando las caretas hasta que él volvió. Tomaron, repitieron. El dueño de casa sentado cerquita de la del pedido, ganándole todas las voluntades.

Se despidieron, agradecieron y ya se marchaban, cuando Lolo, tan entusiasmado por la mujer como preocupado por el gasto, se le acerca al Lagarto y le aclara:

—Mire qu'el güisque lo serví por usté...

Nunca se supo si por gracia o por rabia, alguna de las otras dejó escapar una risotada demasiado comprometedora. Muy gruesa, salió. Tanto, que el bolichero apretó los labios y las quedó mirando fijo. Ya a distancia bastante prudencial, ellas le alcanzaron a oír, antes del portazo que lo borró:

—¡Pa mi gusto... son toditas machos!...

Después que se le prohibió, el juego con agua era más lindo. Más lindo sólo por prohibido. Pero más lindo además, porque era cosa "superior" ver pasar de cuando en cuando algún mojado rumbo a la comisaría, bajo la custodia de uno o dos milicos. Y cosa "más superior", ver echar chispas a algún milico empapado y vencido, después de haber cometido la imprudencia de pretender evitar una de aquellas fiestas magníficas, a fuerza de autoridad. Con un balde de agua en mano, un hombre o una mujer se sentía dueño del mundo. No se respetaba auto ni traje nuevo ni galera ni título. Nada era tan temible como una de esas batallas, cuando "el clarín" tocaba a "relajo". Todos los barrios organizaban su fiesta de agua.

El corso empezaba una hora y pico después de oscurecer. Se desfilaba por la calle. Alrededor de la plaza y unas cuadras por la calle Real, bajo iluminación encandilante, sobre piso de tierra, y entre una polvareda que allí nadie notaba; pero que a unos metros de allí, era una verdadera cerrazón. Se desfilaba en autos, en carros, a caballo y a pie. Adelante, detrás y a los costados del desfile, la gente caminaba. Salvo frente a los cafés, donde se sentaba alrededor de las mesas puestas a lo largo de la vereda y en lugares estratégicos, donde se paraba.

Se decía que en otras épocas, se solía jugar con flores. Nuestras madres, lo decían. Porque en aquella época, estábamos en el emporio de la serpentina, el papelito y el "pomo". Esto del juego del pomo, no era juego ni era de pomo. Eran batallas con éter envasado en un pomo.

Con la serpentina se iniciaban relaciones entre fulano y fulana. Relaciones carnavalescas; porque la mayor parte de las veces, eran viejos amigos. Pero esto no autorizaba a entrar de lleno en plena batalla. Empezaba él con una sonrisa cuyos largo y ancho se podían ver recién cuando regresaba de la cortesía que lo llevaba hasta el suelo, al arrojarle el rollito de papel. Devolvía ella y a la segunda vez, ya sonrisa y cortesía habían encogido. A la tercera ni se insinuaban; las circunstancias imponían seriedad. El terreno ya estaba a punto para entrar directamente a la batalla de papelito. También abría él el fuego. Buscaba agarrarla hablando, para llenarle la boca de un puñado de munición. Boca llena y todo, arremetía ella. Hasta que una de las bolsitas de la "carnavalina" no se terminaba, la lucha seguía. A la vuelta o allí mismo, si la cosa era muy encarnizada, ambos beligerantes echaban mano a los pomos. Arma de mayor alcance, el pomo era terrible. Terrible por el frío sobre la piel y por el ardor en los ojos y la nariz. Y siempre se buscaban los ojos y la nariz del contrario.

Por la forma de arrojar la serpentina y el papelito, y por la forma de manejar el pomo, se podía clasificar a la gente. El que era canario, no podía disimular que se sentía enlazando campo afuera y con todos los rollos, al tirar aquel lacito de papel; pues lo hacía hasta "cimbrar", cuando lo enredaba en alguna cabeza. A la bolsa de papelitos la apretaba con una mano sobre la cadera y con la otra sembraba al boleó. Con el pomo parecía estar abrazado a una escopeta o a una regadera. Alguno incluso cerraba un ojo, para no errar.

Hacía cabeza del corso, la banda del Cuartel a caballo; hacía cuerpo, todo lo que quería. Desde el lujoso camión florido del Marqués de las Cabriolas, hasta el carrito criollo con enramada de mataojo, largando humo

de un brasero donde hervía alguna olla de grasa para tortas fritas que se repartían entre quienes quisieran probarlas. Las comparsas, murgas, etc. que desfilaban el primer día para hacerse ver, después abandonaban. Abandonaban, para dedicarse a vintenear, como tanta gente, durante las horas del borbollón. Se formaban conjuntos de cantores, músicos, barulleros, gritones, de todo. Hasta de audaces, se veían conjuntos, tratando de agarrar algún real en el entrevero. En aquella época no había tablados ni cosas parecidas; el carnaval era más "amateur" que profesional.

No todo el mundo se divertía del mismo modo. Hubiera sido un carnaval demasiado aburrido. Que hubiese una cosa para cada gusto —y otra para cada disgusto— era lo que le daba colorido, animación, movimiento. La mayor parte de la gente se divertía en grupos. Grupos que iban desde la yunta a la cincuentena. Ya fuera disfrazados o de particular, casi siempre estos grupos tenían una cabeza o comandante. Los disfraces eran sencillos y en su mayor parte, grotescos. Generalmente, la tendencia era hacia la deformación, a fuerza de relleno de lo invisible del cuerpo y de total embadurnamiento de lo visible. Cada cual con algo en las manos. Y ese algo iba desde la maquinita espolvoreadora de insecticida, hasta la corneta en desuso, que se pegaba a cuanta oreja encontraba a mano. De cuanto en cuando, un conjunto de aquéllos atravesaba la diagonal de la plaza rumbo a la comisaría, con su comandante sustituido por un milico. O por dos o tres milicos, si la cosa había sido medio "gorda".

Algunos se divertían solos. Y a veces daba más que hacer, que decir o que reír uno de estos solitarios, que muchas de aquellas gavillas. Había uno que nunca se pudo saber quién era, cuyo gusto consistía en pasarse todo el rato de un lado a otro, de jacqué, galera, bastón y un bigote de oreja a oreja, ofreciendo en venta cosas que no tenían "goyete". "Vendo... vendo" —decía— "...yanta e'carreta en almíbar"; "cencerros para insectos impertinentes"; "circulitos a la cuadratura"; "aujeros pa colador"; y por ahí. Todo el rato y todo el carnaval, ofreciendo. Nadie pudo nunca reconocerlo. Se calculaba que fuese al-

gún forastero que venía a sacarse aquel gusto, se lo sacaba, y después se mandaba mudar.

Había quien se dedicaba a hacer rascarse y estornudar a la gente. Lo primero, con "pica-pica"; lo segundo, con rapé, ambos prohibidos. Se paseaba despacito, manos en los bolsillos. Donde veía una rueda grande y bien distraída, especialmente en la que hubiese novio y novia, futuros consuegros, tías, etc., allí se arribaba como no queriendo arribarse. Echaba mano al producto, haciéndose el inocente, le daba destino. Se dejaba estar un ratito, cuanto para notar el movimiento disimulado de los que quieren rascarse, pero no quieren dejarse ver rascándose; o de los que empiezan a hacer morisquetas para no estornudar antes de tener el pañuelo en la mano. Después de eso, como había llegado, salía al tranquito buscando otra rueda. A lo último, ni gracia le hacía la operación tantas veces repetida. Pero seguía repitiéndola hasta el fin del carnaval.

A medianoche se apagaba la iluminación. Exactamente a la misma hora, se encendían las luces de los grandes bailes. Entonces el carnaval se resumía. Salvo algún matrimonio viejo, cargado de nietos, todo el mundo se iba a bailar, o cuando menos a mirar bailar. El Centro Progreso solo, absorbía una cuarta parte de la multitud. Dos tercios de ese cuarto, adentro; el otro tercio afuera, pegado a los balcones. Y las otras tres cuartas partes del total, se distribuían por todo el pueblo. Porque en todo el pueblo se bailaba. Los salones y saloncitos adornados con mascarones y farolitos de papel, surgían como hongos durante la temporada. Desde los propios cafés, hasta alguna salita particular apropiada. Y esto, aparte de los asaltos, que entonces eran bailes de sorpresa para algún dueño de casa que de antemano se le sabía dispuesto a no sorprenderse ni hacerse el sorprendido con el baile y sobre todo con los gastos; aunque alguno siempre se sorprendía o se hacía el sorprendido.

Los bailes eran la prolongación del carnaval, desde la medianoche al amanecer, sin curso y en local cerrado.

Claro, con la particularidad de que todo era más "a las cortitas", y con doble, triple o cuádruple entusiasmo. Allí las batallas aquellas eran asunto muy serio. A veces y en ciertos lugares, llegaron a ser batallas con muertos, heridos y todo...

Así, todos aquellos días y aquellas noches, hasta el último y la última. Esta era la del entierro. Enterrar, no se enterraba nada. Lo que en realidad se hacía, era ponerle punto suspensivo por un año escaso. Entonces, cada cual "echaba el resto" divirtiéndose; cosa de "sacarle el jugo" al carnaval hasta el último momento antes del punto suspensivo.

Cosa melancólica era un amanecer de estos carnavales treintaitresinos. Al retorno de los bailarines amarillos y pesados de sueño, cansancio y hastío, se juntaban la soledad de las calles y la plaza; el traqueteo de los carritos basureros recogiendo el papelerío que había dejado la noche bullanguera, y el silbato de los milicos al cambio de los turnos. Todo, sobre el unánime fondo coral de gallos, cuzcos, vacas y terneros aclamando el día.

Y a aquel amanecer del entierro, todavía se le agregaba la certidumbre de que, desde la noche siguiente y por un año, no habría carnaval.